

Letras de Molde

R 3293

AÑO I

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
Madrid: Trimestre, 1,25 pesetas. Año, 4,50 id.—Provincias y Portugal: Trimestre, 1,50 pesetas. Año, 5,50 id.—Extranjero: Semestre, 5 francos. Año, 10 id.

MADRID
Domingo 11 de Marzo de 1900.

Redacción y Administración: Espíritu Santo, 18.
TELÉFONO, 558.
Número suelto, 10 céntimos.

NÚM. 9

POR TIERRAS DE LEVANTE

IV

Orihuela y Elche.

¿De qué color era el tejido de mi imaginación cuando el tren me llevaba hacia Orihuela, donde no pensaba detenerme—o mejor dicho donde no tenía tiempo de detenerme algunas horas?—Color de los versos del viejo poeta cuya gloria nos parece ya recuerdo histórico, perteneciente a épocas más fecundas y mejores. Me acordaba de que, nacido en Asturias, entre esa fría neblina del Norte de que hablaba Alejandro Pidal, D. Ramón de Campoamor ha venido á ser, por adopción y por lazos de familia, levantino. Mirando la cosecha del esparto, acabado de segar, alineada en el suelo, en ligeros haces de oro, sonreía de aquella *boultade* ó humorada de Campoamor, cuando se declaró, no vate ni amigo de las Musas, sino agricultor y cosechero de esparto.

Y enlazando al través del tiempo nombres y ensueños de poetas, se me figuró que las palabras de Campoamor eran eco de las de Horacio—el cual también antepuso á todo la vida campestre, el dulce y apacible correr de los días en el seno de la Naturaleza,—y á quien Mecenas hizo feliz regalándole la granja rústica donde bebía el vino de la tierra y gozaba la dorada medianía de su fortuna entre la sabrosa abundancia de Pomona y Ceres. ¡El ideal de Horacio y el de Campoamor son tan semejantes, y no en esto sólo!

Aquí Campoamor está todavía presente. Estrofas de sus poemas acuden á los labios. Los almendros pálidos, de desfilado follaje, que salpican la campiña que voy recorriendo, me hacen comprender las penitencias del cura del Pilar de la Horadada, aquel que

faltando á los cánones sagrados,
castiga con almendros los pecados.

Hasta el contraste entre la risueña vega, parecida al huertecillo de una villa pagana, y el día tético en que la veo, me recuerda la compleja personalidad del autor del *Dama universal*, epicureo, humorista, desengañado, amargo, y á ratos místico. La huerta sonríe en su coqueta gracia, pero el cielo reviste un matiz de plomo, negro casi, y muestra señales de tempestad reciente: es la tormenta que la primer noche de Murcia desearó con estrépito horrible, y que sin duda había anunciado aquella roja aurora de Albacete, parecida á un incendio. Bajo este oleaje dramático y sombrío, la vega de Orihuela y la misma ciudad adquieren tonos dignos de la paleta de un pintor colorista. La montaña caliza que domina á Orihuela, y en cuya vertiente se alza el enorme Seminario, semeja un trozo de metal ó de barro cocido y esmaltado al horno, con los cambiantes de la cerámica hispano-morisca. Un rayo de sol, filtrándose por entre nubes densas y bajas, arranca reflejos tornasolados á los últimos términos del monte. Al pie de él se apina la ciudad, medrosa y como solicitando protección. Se comprende el miedo de Orihuela. Ha sufrido cien cataclismos. Poseo una novelita de la época romántica, del tiempo candoroso de los cenotafios con sauce y luz de luna, y el asunto de la novela son los terremotos del año 29, en que buena parte del caserío de Orihuela y varios templos se derrumbaron estrepitosamente. Aparte de esta desventura, se recuerdan con terror cruentos episodios de las guerras de sucesión, pestes, alguna de las cuales dice que mató á 16.000 personas (matar es), y los desbordamientos y avenidas del río Segura, mal hallado con su nombre, amenaza continua para este lindo pedazo de tierra y esta laboriosa gente!

Da pena figurarse vega tan bonita—con sus naranjos de la China redondos y menudos, sembrados de graja de oro—á merced de inundaciones y riadas furiosas. Una pena semejante á la que causa ver un rico salón asaltado por la multitud en días de revuelta, con los muebles volcados, estrellados los espejos y hechos trizas los jarrones y cachivaches. Porque la vega de Orihuela, que aún debe menos á la Naturaleza que la de Murcia, es obra de arte, del arte de cultivar, y admira por lo bien aprovechada y cuidada como maceta de flores, sin rastro de vegetación superflua. No comprendo al inglés que, según acabo de leer en un libro, dejó dicho al pasar por aquí que este era el lugar donde se imaginaba situado el *Paraiso perdido*, de Milton. El paraíso lo concebimos más bien á manera de selva virgen de exuberante verdor, de inextinguibles senderos, ahogados por la maleza, de arbolado añoso, bajo el cual la luz solar no se atreve á filtrarse. Y en esta vega todo es luz, todo es orden, intensidad de labor, esfuerzo útil y bien dirigido; el elasticismo en el paisaje, la belleza generada por la utilidad y la razón.

Este país debiera verse, no desde el tren, desfilando rápidamente, sino á pie, apoyándose en el bastón del excursionista, y subiendo al monte de la Muela, desde el cual se otean las dos Huertas, las dos sultanías mellizas: Orihuela y Murcia. Parece que desde allí se dominan más de diez leguas de panorama, y se contempla desarrollado el verde tapiz que surca la red arenosa de las infinitas acequias y canalillos, reclinándose sobre él ambas moras en lánguida postura, respirando azahares. Todo esto me lo imagino; lo que realmente veo es la lluvia, encharcando las sendas y lustrando el follaje de las mandarinas.

Aclarar algún tanto el horizonte cuando el tren se para en Elche, y al bajarme en la estación por primera vez durante el viaje, se apodera de mí impresión profunda, causada por bellezas que no me había figurado, ni sospechaba siquiera, á pesar de las descripciones é hiperboles de los que las conocían. Y es que difícilmente se describe lo muy hermoso. Por más que me dijese no pude presentar este dilatado, inacabable bosque de centenarias palmeras de grueso tronco y amplio penacho, cargadas allá en la altura con los racimos de metal cobrizo de sus dátiles. Todos los cuadros de la *Huida á Egipto* y el tierno episodio legendario del descaño bajo las palmeras, que se inclinan para ofrecer su fruto á la Virgen

madre—episodio con tanto encanto referido en el *Victorial*, ó crónica del conde de Buena,—se me representaban bajo las bóvedas de aquella catedral natural, de infinitas columnatas misteriosas. He oído decir que en Africa no existe oasis como este de Elche. No sé si este dato está bien comprobado. Lo cierto es que las palmeras de Elche son tantas, y tan majestuosas su conjunto, que explican cualquier encomio, por exagerado que parezca.

Muchas palmeras del gran palmar de Elche—tampoco respondo de la exactitud de la noticia—es fama que han sido plantadas por los árabes, y cuentan la respetable fecha de cuatro ó cinco siglos. Ciertamente las palmeras viven mucho; su lento desarrollo trae longevidad. Aquí son veneradas y queridas, especialmente en la vejez. Tienen su nombre propio, un dulce nombre de mujer—quizá el nombre de alguna que fué cara al corazón del dueño del huerto.—Y la poesía de este nombre femenino evoca cuadros de la Biblia, fuentes y norias, camellos recostados, mensajeros que vienen desde lejos á traer presentes nupciales, esbeltas israelitas que llevan el cántaro donde beba el caminante—la gran paz de las edades primitivas...

Para los aficionados á la arqueología, Elche, con su caserío dorado á fuego, posee atractivos y propone enigmas. Se ha escrito y discutido mucho acerca de sus orígenes; se ha atribuido su remota fundación á los celtas y á los fenicios. Yo no sé ver en Elche más que las palmeras, el infinito oasis, y las ideas que en mí despierta son religiosas, de versículos de los evangelistas, con el perfume de los días primeros de la fe cristiana, días de color de rosa, en que millares de ramos de palma caían á los pies de Cristo y alombraban su senda. El aspecto de Elche entre sus erguidos palmares suscita la visión sagrada de Jerusalén. Así la verían desde lejos los peregrinos, los *palmeros*, por mejor decir, pues la palma es el símbolo de los Lugares en que la redención se consumó...

Esta impresión honda se asocia en mi espíritu á otra de reciente fecha que en París me hizo presentir á Elche. Contadas tenía ya las horas, y no quería volver á España sin haber visto el célebre «busto de mujer» que la diligencia de los extranjeros robó á nuestros Museos nacionales. Por una suma relativamente insignificante llevaré la joya sin par, testimonio de estados de civilización, que son un misterio, á pesar de los investigadores. Hubiere tenido que marcharme de París sin conocer á la hermosa desenterrada, si el conservador del Museo del Louvre no tiene la bondad de abrir las salas un día en que el público no entra en ellas. La soledad de aquellas vastas crujías ayudada á engrandecer el efecto de las obras maestras del arte antiguo. El busto se destacaba entre ellas poderosamente; y ahora, sobre este fondo de palmeras, me parece estar viéndolo otra vez, que adquiere apariencias de vida; tiene cuerpo, que visten plegados paños; es una mujer, una princesa, que avanza con lento paso por las calles de columnas recias y gigantescas, con capiteles de oro y jade. Princesa cruzada de cananea y de iberia; acaso sacerdotisa de Belfegor, el gran numen fenicio; con el tipo de la raza, la palidez mate, los largos ojos negros, los labios finos de una rosa amortiguada, la expresión grave, y hasta el tocado de ruedas ó *caravats*, encuadrando el perfecto rostro oval, triste y puro de líneas.

EMILIA PARDO BAZÁN

MATER NATURA

En el término de Fuentes de León, pueblo extremeño que perteneció á la Orden de Santiago, hay un monte bastante conocido y nombrado en el país. En su falda, por el lado Norte, está la fuente de *Los caballos*, inagotable y frío manantial, al que deben su verdor algunas huertas. Al lado opuesto hay otra fuente que cumple con igual oficio, la del *Sapo*, y en la cumbre se ven las ruinas confusas de un castillo, el de Santa Marina, que llaman del *Cuerno*, ignoro por qué. Este monte lo rodea una mansa ribera, pasada la cual puede entrar todo el que quiera en la famosa *Cueva del agua*, una especie de Cueva de Montesinos con sus leyendas de tesoros y sus tradiciones fantásticas.

El pobre castilleto se viende abajo. Todos los inviernos se hunde una considerable parte, y yo juzgo que habrá para un par de inviernos solamente. Como arqueólogo no pude estar más afortunado. Encontré unos pedazos de tinajuelas árabes y la hoja curva de un cuchillo. Pero no eran las ruinas, ni el caserío arqueológico, ni las probables hojas de cuchillos lo que me llevaba allá un día y otro: era la mansa quietud de la Madre Naturaleza, contemplada desde lo alto; la luz de aquel cielo tan limpio; la pureza de aquel aire saturado de olores bravíos que encienden la sangre; la soledad augusta, bebida deleitosamente por todos los poros, sobre un lecho de hinojos y tomillos, á la sombra de un almendro amargo.

De lejos había visto en el perfil de aquel monte una á modo de verruga:

—¿Aquello qué es?

—La Peña del Águila,—dijome el guía, cazador silencioso, que en sus largas excursiones por la sierra había adquirido la excelente costumbre de hablar poco; lo suficiente para que lo entendieran sus perros.

Y á la Peña fuimos; el cazador, con su escopeta de pistón al hombro; yo, con un palo de peral silvestre recién cortado. Ascendimos por la ladera montuosa: expliqué á mi compañero en qué disposición debí de estar la puerta fortificada, según claras señales que allí quedaban; atravesamos el segundo recinto, saltando por unos montones de piedras, echamos un cigarro á la vera del hueco sin bóveda, que el guía tomaba como calabozo de los moros y yo por algo; vimos el ir y venir de unos cerneales que andaban en el torreón, sobre el que se mecía en guisa de cimera un higuero bravo, y refrenando los ímpetus venatorios de aquel diablo de hombre, dispuesto á dejar secos de un tiro á los pobres cerneales

los que no se metían con nadie, empezamos á bajar por el opuesto lado una pendiente tan áspera, que no podíamos soltar las matas sin exponernos á ir de cabeza, allá, á unas profundidades espantosas. Tuvimos que bordear un silo, un agujero negro en que las piedras rebobaban buen espacio, y saltando una grieta que van ahondando las lluvias, puliéndola como una canal metálica, nos encontramos al fin en la ancha y plana base de la Peña.

Aquella mole tiene el volumen de un palacio. Es una roca negra, volcánica, que al enfriarse al brusco contacto con la atmósfera, brutalmente estremecida, se agrietó por mil partes, se fraccionó en enormes bloques superpuestos, rajados, enlazados por garras invisibles y por prodigioso equilibrio. Aquella roca negra estará tremendamente hermosa en los días de lluvia recia, escupiendo por sus grietas agua y espuma y lanzándolas en sonoros chorros al precipicio. En la más alta, formase como un balcón sombreado por un almendro silvestre. En la unión del bloque que sirve de antepecho, crece un acebuche. Parece aquello un espasmo de los reinos inanimados, dándose un beso eterno sin más testigos que las nubes.

Allí debió estar el nido de las águilas: ¿quién las echó de su vivienda? El hombre tal vez: la única nota desapacible que patea su carga de dolores y tristezas y sus torpes ideas de destrucción por estas claras y amorosas expansiones de la naturaleza.

Allá en lo hondo, brillaba el agua de la ribera con un tono azul de pureza infinita; los chopos, vistos desde aquella altura, parecían masas de mieses ondulantes; el sol, dando de lleno en la ladera, alegraba el matorral. De pronto oír risas y voces humanas; volví la cabeza, y ya estaban en la misma roca una linda muchacha como de quince años y su zagal que era mayor; ella con saya azul y refajo encarnado, él, con zahones embreados por las resinas del monte. Al lado allá de la grieta quedaban jugando unos chiquillos. Vino la pareja hacia el balcón; contemplaron riéndose el abismo; comieron almendras amargas del árbol que nos daba sombra y se miraban con ojos en que brillaban todas las chispas de luz del sol poniente.

—¡Ah, sí! Ahora comprendo por qué nacen en la escueta roca almendros y acebuches... Nada es inaccesible al amor; lo llena todo. El universo es una explosión infinitamente amorosa, en que astros, tierra, cielo, aire, se acarician.

—¿A que las mujeres de por allá no suben así?

—¿Qué habían de subir, criatura!

Y ágil como una cierva, brincaba monte arriba seguida de su zagal, al que echaba unas miradas que parecían de lumbre.

—Eh, ¿qué tal? dije al cazador.

—Esa sí que es una res! Por ella, bien se podrían acabar los *gofes* montando.

Tendime; la cabeza sobre una mata de hinojos, fresca y olorosa. El aire movía las ramas de un espino con sonido de arpa ecólia; allí, muy lejos, alzábale la silueta de otro castillo; de otro castillo donde jugué mucho en esa libre edad en que no se sufre porque no se piensa... Los últimos rayos del sol bañaban la cumbre con una luz mansa, piadosa, de una melancolía apacible como el son de las esquilas del ganado. Yo también sentíame ablandado por el universal intujo, como la roca, como el árbol, como el animal que come por el suelo ó se cierne en los aires...

De pronto retumbó un tiro como una profanación de aquella soledad casi religiosa. ¡Mater Natura! dije gimiendo por algo que debí acabar. Mi compañero andaba por el monte, en un jorral muy espeso, sobre el cual se dibujaba limpiamente la sombra de las ruinas, con su torreón desmochado, su higuero bravo y su amontonamiento de piedras. Otro tiro, un poco de humo rozando el jorral y los saltos convulsivos de un pobre animal que no escapa de la muerte, me denunciaron la presencia del hombre.

Volvió con dos zorros; otra pareja amorosa, que acabó su historia en aquel sereno crepúsculo de primavera.

—Los vide. Fúime arrimando á la cueva, que está debajo de aquel risco. Habían sacao los hijos al sol, y cuando hacen eso, se vuelven tontos. Maté primero la jembra, que se tiró pa los hijos... luego vino el macho, y le aticé candelá. ¡No daba saltos ni ná!

Y con un rocejo íntimo de cazador con fortuna, sacudía aquel par de animales muertos, calientes aún, que se blandaban, enseñando los dientes en la contracción espantosa del último segundo.

—¿Por qué los mató? ¿No es bueno que vivan?

—¿Por qué? Pues la peseteja que da el Ayuntamiento no vale ná? ¡Así hubié muchos!

Había dos pesetas por medio. ¡Gran estímulo del hombre!

Emprendimos la marcha. El cazador, con su escopeta de pistón al hombro; yo, con mi palo. El monte oía á romero; las madroñeras mecían sus botones verdes; las zarzas lanzaban sus garfios á los pimpollos de las encinas; cantaban los grillos al pie de las amapolas; la masa frondosa y ondeante se estremecía á los besos del viento libre que traía olorosas frescuras; la primera estrella, subía como una lágrima que rodase por el piélagó azul...

—¿Y los zorritos!... ¿Qué será de ellos!

—Esta noche se la pasau dando quejíos. Mañana se mueren.

Aquello parecíame sencillamente bárbaro. Apartose el cazador y echó á andar sigilosamente, tapándose con los troncos de las encinas. Una pareja de tórtolas volaba de árbol en árbol. Otro disparo, otro poco de humo blanco rozando el ramaje, y otro animal dando convulsivos saltos en el suelo, con las alas rotas y el pico lleno de sangre. Por encima de mi cabeza pasó la turba alada, estremecida, huyendo de aquel enemigo.

¡Dios mío, cuán grande es la tierra! decimos mirándola desde la cumbre de cualquier montaña. Grande es; pero cuán pequeña para la humana codicia! ¿Por qué esta lucha brava é inacabable? ¿La Naturaleza y el hombre son adversarios? Es que el hombre tiene medida en los sesos la idea de que es el «rey de la creación», y quiere ser su tirano. ¡Todo para él! Los demás seres son ofrendas de su deseo:

las leyes inalterables, complacencias de su capricho: la Naturaleza entera, atributo de su poderío: el universo, escenario de su ambición: los impasibles cielos, dosel espléndido de sus rapinas y sus odios...
¿Qué estúpida farsa!

JOSÉ NOGALES

San Juan del Puerto, Marzo 1900.

AIRES MURCIANOS

GUÁRDAME UN ROALICO (1)

Á MI PADRE MUERTO

¡Ya escansas!... ¡ya duermes

pa siempre tranquilo!...

Ya, pa ti, ni trebajos, ni penas...

Ya, pa ti, ni calinas, ni fríos...

Ya estás al amparo...

¡Dichoso el que pasa bien pronto el camino!

Ya estás ande llega lo mesmo el que corre

que el que va espacio...

¡Ya escansas!... ¡Ya duermes

pa siempre tranquilo!...

Pa cuando me lleque mi horica y mi cuerpo,

pa no levantarse, se caga rendío...

pa cuando la tierra, como á ti, me llame,

¡guárdame un roalico!

VICENTE MEDINA

LA CORTIJERA

Todos los que conocíamos la última obra de los Sres. Dicenta, Paso y Chapi con anterioridad á su representación, predecíamos un gran éxito para sus autores, cuando la ficción poética de los primeros y su interpretación musical por el último, cobrasen forma y vida con la representación escénica. Yo, por mi parte, confieso que esperaba tan gran triunfo como el mayor que pudiera recordarse en la historia de la zarzuela española. Lo sucedido en el estreno no me acredita de gran profeta, porque aunque no dé yo gran importancia á las manifestaciones incultas é injustas de una minoría turbulenta, me veo precisado á confesar que los aplausos distaron de ser tan unánimes y calurosos como yo esperaba. Poco, ó más bien nada, ha de influir, en el mío propio, el juicio que los demás formasen del mérito de *La Cortijera*. Cuando estudié una obra, sobre la cual el público no ha dado aún su parecer, claro es que sólo al mío puedo atenerme. Discernido por mí y aquilatado en la modestia de mi juicio lo que se me alcanza, no tengo por qué modificar mi crítica, en tanto que con pruebas y demostraciones más evidentes que los gritos de unos cuantos censores anónimos no se me pruebe mi simrazón. En el caso presente, tanto el libro como la música de *La Cortijera*, habíanme parecido admirables antes de que el público pudiera juzgarla, y la noche del estreno una mayoría inmensa confirmó mi sentir, frente á una minoría disidente. Respetando el parecer de ésta, voy á inquirir las causas de sus censuras, al propio tiempo que procuro dar la justificación de mi entusiasmo.

**

No creo, y así lo he afirmado en artículos que publiqué hace algunos años, que el público de Madrid carezca de intuición musical; antes bien, le supongo tan finamente dotado, que rara vez deja de responder al llamamiento de quien acude á él con intención verdaderamente artística. Su sagaz instinto le guía siempre que previamente se le haya puesto en el arranque del buen camino; pero, como en general, adolece, al igual que casi todos los públicos, de falta de educación metódica en el arte, no se basta á sí propio para encarrillar sus sensaciones, y cuando se extravía necesita de una mano amiga que lo conduzca á la senda que inconscientemente abandona. Esta debiera ser la misión del crítico que desde un periódico diario ejerce influencia frecuente sobre la multitud, para animarla á recorrer de prisa y sin vacilar el camino que conduce á las altas cimas del arte, y para detenerla cuando propendiese á extraviarse en parajes malsanos ó peligrosos. Por desgracia, la crítica, sólo por excepción, deja de ser eco del público, al cual, lejos de servir de guía, persigue como siervo adulator y lisonjero.

Si la crítica ejerciese, aquí y en todas partes, la misión de encantar y dirigir el gusto del público, advertiría el peligro que para la música dramática hay en preferir, á la propiedad de la expresión, el contorno fuertemente acentuado y saliente de la melodía, y combatiría la tendencia lamentable á que se inclina quien no tiene como salvaguardia una gran cultura, prefiriendo seguir fácil y cómodamente la brillantez puramente musical de la frase, en vez de penetrar en el terreno más profundo y artístico donde residen la pasión y el sentimiento dramáticos. Tal procedimiento puede justificarse cuando se escribe música dramática sin letra, es decir, en los intermedios puramente líricos de las obras teatrales, en las situaciones mudas que sólo deben expresarse por medio de la música, en los bailes donde se desarrolle una acción mímica, y en el moderno género de *poemas sinfónicos*, donde el compositor escribe libremente su música con arreglo á un programa dramático que sólo está latente en su obra; pero tal medio de expresión musical es mucho menos sincero y artístico que la declamación dramática, en cuanto en ella se unen, al vigor pasional

(1) Es costumbre, en esta región, el despedirse de los muertos con esta frase, echando, á la vez, un puñado de tierra en el hoyo.